

Las entidades bancarias juzgadas por los *millennials*

 Arturo Cervera
CEO de Comunitae

En 1992, un joven empleado de un conocido fondo de inversión de Wall Street paseaba nervioso junto a su jefe por Central Park. Deseaba compartir su proyecto de negocio con el que había sido su mentor, aprovechando el incipiente crecimiento de Internet en EE. UU. Tras escucharle con cierto desdén, el más veterano le aseguró que aunque la idea no era mala, solo se la recomendaría a alguien que no tuviera trabajo. Aun así, el joven Jeff Bezos decidió abandonar la comodidad de su empleo y crear su *e-commerce* desde el garaje de su casa. Hoy puede presumir de ser el director general de la mayor plataforma de venta *online* del planeta, Amazon.com, y de haber revolucionado para siempre los intercambios económicos de la Red en todo el planeta. Y eso a pesar del escepticismo total de su jefe.

Sin pretender establecer comparaciones, el mundo actual lleva algunos años inmerso en un profundo proceso de cambio hacia un nuevo modelo digital. En esta ocasión, no cabe hablar de personas que aportan innovaciones disruptivas que varían las relaciones sociales, sino del paradigma que ha traído consigo la denominada generación "*millennial*", es decir, la de aquellos que han alcanzado la edad adulta con el nuevo milenio. Una filosofía existencial que se basa en una interconectividad total, en el compromiso social, en el desapego radical a las institucionales y en un elemento común vertebrador que gobierna cada uno de los elementos de su vida: el uso de Internet.

Algunos de los efectos de esta transformación radical los hemos notado ya con efectos tan contundentes como inmediatos: ¿Acaso alguien por debajo de la treintena se acuerda ya de los videoclubs? ¿Se entenderían hoy los medios de comunicación

solo en formato papel? ¿O qué me diría si se suprimiera de repente el uso de la Red para reservar nuestras vacaciones para salvaguardar así las escasas agencias de viajes físicas que aún perviven?

Estas han sido las primeras batallas de la revolución digital que vivimos, y de cuyos siguientes capítulos, ya en plena eferescencia, estamos siendo testigos en otros sectores como, por citar dos ejemplos, el transporte (Uber) o el turístico (Airbnb).

Aunque, sin duda, el ámbito que parece más abocado al cambio inminente es el mundo financiero, al menos si nos atenemos a la propia percepción de los *millennials*. Según un informe de Viacom Media, 1 de cada 3 jóvenes norteamericanos cree que nunca necesitará un banco en su vida, mientras que para Accenture, el 90% de ellos ya son usuarios exclusivos de la banca *online*, a la que acceden a través de sus teléfonos móviles. Por si fuera poco, y tal como recoge el índice *Millennial Financial Knowledge*, tres cuartas partes de los menores de 35 años no se fía de las entidades financieras y les tachan de ser los principales culpables de la crisis económica global, por encima incluso de los políticos.

Con estas premisas, y en medio de un panorama donde la banca tradicional sigue manteniendo el pie en el freno de la concesión de financiación a las pymes, no es de extrañar que esté creciendo de forma exponencial un sistema colaborativo a nivel internacional de préstamos entre particulares (*peer to peer*, según su terminología anglosajona) que apuesta por las iniciativas emprendedoras bajo criterios de solvencia, transparencia y fiabilidad semejantes a los del sistema bancario existente. Y, lo que es incluso más importante, amparado por regulaciones estable en un núme-

ro cada vez mayor de países, como Reino Unido o EE. UU.

En España, aunque existe desde hace tiempo un proyecto de ley con el visto bueno del Gobierno para regular dos de las modalidades principales, *equity crowdfunding* y *crowdlending*, todavía no se ha aprobado. La Unión Europea también está trabajando en un texto legal que regule el *crowdfunding*. De todas maneras, existen desde hace tiempo varias plataformas *online* que operan bajo los máximos órdenes de rigor y profesionalidad, ofreciendo a inversor y prestatario suficientes garantías e información.

Es muy probable que, en los próximos años, conformemos un sistema social completamente distinto del actual, similar a lo que supuso la irrupción de la tecnología en la Revolución Industrial. Posiblemente, las oficinas bancarias serán cosa del pasado, al igual que el dinero físico o los depósitos a plazo, en virtud de clientes que demandarán servicios financieros radicalmente diferentes.

No cabe pensar en reaccionar bajo el prisma de esquemas convencionales ante los cambios que se avecinan, sino procurar replantearnos nuestro papel en una economía cada vez más dinámica y colaborativa. Luchar contra lo inevitable suele resultar a la larga una mala estrategia, y más si, como en este caso parece, las innovaciones llegan para solucionar los muchos problemas existentes del modelo actual, tal y como nos están enseñando nuestros jóvenes *millennials*. ■

COMÉNTALO EN

www.estrategiafinanciera.es